

**Mèlich, Joan-Carles. *Lógica de la crueldad*.
Barcelona, Herder, 2014, 262 págs.**

JOAN-CARLES MÈLICH, FILÓSOFO Y PROFESOR de la Universidad Autónoma de Barcelona, ha desarrollado una trilogía de libros que abordan problemas filosóficos como la finitud, la ética y la moral, a partir de una visión antropológica y anti metafísica, cuyo primer libro publicado es *Filosofía de la finitud* (2002). En este ensayo, Mèlich se aproxima, desde una perspectiva moral, a la condición de la finitud como elemento constitutivo de la existencia humana. Estar en constante despedida nos hace ser más conscientes de que en el mundo que habitamos nada nos pertenece y no todo se encuentra bajo nuestro control o poder. En *Ética de la compasión*, el segundo libro publicado en el 2010, el autor centra su mirada en las diferencias entre la ética y la moral, siendo la primera la que desafía la lógica moral y nos ayuda a reconocer la contradicción existente entre el hombre y las normas. *Lógica de la crueldad*, publicado en el 2014, es el libro que cierra esta trilogía y en él Mèlich profundiza sobre cómo la moral funciona en nosotros de forma intrínseca a partir de normas y categorías creadas para comprender el mundo. Es importante destacar que, a través de la escritura ensayística de estos libros, el autor reconoce que no hay principios absolutos o universales en la vida humana; en ese sentido, se resalta más bien el hecho de que somos seres vulnerables y frágiles atravesados por las experiencias, situaciones y contextos en los que vivimos.

Ahora bien, una de las ideas más determinantes de *Lógica de la crueldad* es que habitar y ser en el mundo supone heredar una gramática, es decir, un modo de interpretar el mundo, a los otros y a nosotros mismos que va más allá del lenguaje mismo. De esta manera, el planteamiento de Mèlich se construye desde un punto de vista ontológico, pues la moral establece una serie de categorías, dispositivos e incluso procedimientos legales que se ejercen sobre un individuo, un singular que no tiene nombre propio, sino que tiene o no la capacidad de pertenecer a un marco categórico establecido, por ejemplo, hombre, mujer, inmigrante, etc.



Teniendo en cuenta que la gramática heredada se compone de normas, signos y valores, cabe preguntarse cómo se relaciona esta con la moral y más específicamente con la culpa. Al respecto, el autor desarrolla una forma de pensar la moral, la crueldad y la culpa que difiere completamente de la filosofía metafísica en tanto que no busca dividir el mundo en términos duales de bueno o malo, puro e impuro, etc., sino explorar cómo hemos naturalizado esos marcos categoriales y cómo estos pueden tener consecuencias que afectan nuestra cotidianidad.

La crítica que el autor propone hacia la filosofía dualista parte de la influencia de Nietzsche, ya que su postulado más conocido, “Dios ha muerto”, les permitió a los filósofos cuestionar los principios universales que parecían indiferentes al espacio y el tiempo. Sin embargo, es preciso reconocer que con el paso del tiempo otras ideas reemplazaron esa concepción de divinidad y tomaron el lugar de lo absoluto; en la sociedad contemporánea, esto ha producido varios conflictos en los ámbitos político y jurídico. Mèlich argumenta que la moral ha tomado ese lugar divino e ineludible porque se comporta como una gramática que establece un modo de ser en el mundo y prescribe *a priori* lo que se debe hacer o pensar (14). La moral entonces, más que dualista, tiene una lógica cruel, porque tiene una función fundamental: categorizar o clasificar.

El autor, al inicio del libro, inserta una frase contundente: “no hay moral sin lógica, no hay lógica sin crueldad” (11) y al respecto cabe preguntarse cómo funciona esta relación entre la crueldad y la moral. La crueldad, según el autor, opera sobre un singular al que despersonaliza. Al establecer categorías universales tales como mujer, hombre, heterosexual, etc. —categorías que pronto son naturalizadas—, la moral busca que el individuo se clasifique en ellas sin importar los otros aspectos o cualidades que tenga (202). En los dos apartados del libro, titulados “La formación de la crueldad” y “Los procedimientos de la crueldad”, el autor explica un concepto clave dentro de su propuesta que él denomina los “horizontes de significado”. Al ser entendidos como normas determinantes en el proceso identitario que marcan la pauta de lo que podemos pensar, decir, o hacer, también establecen aquello que consideramos normal en nuestra cotidianidad. La lógica moral, por medio de la categorización, denomina aquello que conocemos como “normal” a través de la relación con otras categorías como lo “extraño” y lo “perverso”, pues estos le sirven en su funcionamiento a través de dos procedimientos: la asimilación o la aniquilación.

De este modo, la lógica cruel de la moral ante lo extraño establece un referente que se basa en lo que se considera inmoral. Lo extraño se convierte en lo que no se puede decir, pensar o hacer; por esta razón, la moral busca mantenerlo más que aniquilarlo. Mantener lo extraño significa en la lógica cruel de la moral normalizarlo, pues una vez se reconoce la diferencia en lo extraño la lógica le brinda una categoría a la cual pertenecer: lo distinto. Aunque la lógica de la moral rechaza lo extraño, paradójicamente lo necesita para mostrar lo que no debe ser y lo que no se debe hacer (212). Con lo perverso la cuestión es más visceral, pues está asociado con el asco, que constituye al mismo tiempo una reacción corporal y una categoría:

El asco es una categoría moral que depende de una formación de los sentidos. Para una lógica de la crueldad no es suficiente formar una lógica pura, netamente categorial. La moral sólo puede operar si forma adecuadamente los sentidos corporales a los que atar la lógica. Por eso, algo es asqueroso si nos provoca el vómito, porque creemos que nos puede contaminar, que nos puede ensuciar. Pero las gramáticas han inventado maneras de purificarlo. (232)

Vemos entonces que la lógica moral también funciona en un nivel físico. Prescribir incluso las reacciones corpóreas es un indicador de lo interiorizadas que están para nosotros las normas que establece la moral. Lo que se considera perverso bajo esta lógica lo es en cuanto se aleja de lo que se establece como normal. Así, lo perverso es algo que no funciona dentro de las categorías establecidas previamente, es transgresor y, por tanto, en algunos casos para la lógica cruel de la moral es legítimo tratar de aniquilarlo. Un ejemplo que Mèlich trae para ilustrar esta idea es la Segunda Guerra Mundial, ya que ser judío se convirtió en una categoría asociada con lo perverso, una categoría que para los nazis amenazaba la estabilidad, pero que al mismo tiempo les permitía excluirlos y despersonalizarlos (235). Por lo tanto, en los campos de concentración los nombres fueron reemplazados por números y los derechos de los judíos les fueron retirados.

Otra categoría de la moral que Mèlich cuestiona es la de “persona”, ya que funciona como un dispositivo de diferenciación porque determina quiénes son considerados personas y quiénes no y, por tanto, quiénes tienen dignidad o derechos y quiénes no. El autor retoma una crítica que hace la filósofa Simone Weil en su libro *La persona y lo sagrado* acerca del peligro de la sacralización

de la categoría de persona, pues según Mèlich lo que realmente es sagrado —el amor, lo justo, lo verdadero, etc.— es lo impersonal, lo común a todos los hombres (163). La categoría de persona ha sido ampliamente desarrollada por la filosofía metafísica al punto de establecer criterios éticos a partir de ella, ya que bajo esta categoría se establecen, por ejemplo, los derechos. Sin embargo, el autor resalta que aunque esta categoría pretenda evitar la crueldad, su funcionamiento en sí ya lo es porque se fundamenta en el dominio de los unos sobre otros (164). Este dispositivo de diferenciación establece una jerarquía en el valor de las vidas que deriva en todo un paradigma biopolítico,¹ es decir, hay un poder sobre la producción y el gobierno de los cuerpos que legitima el hecho de que algunos individuos carezcan de todo valor a los ojos de otros, al punto de poder causarles la muerte impunemente.

Por otro lado, Mèlich también problematiza en el libro la categoría del “Bien”, entendida como un absoluto que trasciende espacio y tiempo y que, en algunas ocasiones, se usa para legitimar acciones violentas y cuestionables. La crueldad radica en que una lógica que funciona bajo una idea absoluta del “Bien” no admite disonancias ni que nada se ponga en duda. A partir de esta concepción, el mal se define como la ausencia de bien, lo que deriva nuevamente en una perspectiva metafísica que, en vez de cuestionar la moral, le da un sustento:

Desde la perspectiva de una lógica de la crueldad sí se puede afirmar que todas las metafísicas ocultan un principio cruel porque consideran que es posible alcanzar un punto primero (o último), libre de cualquier contaminación, libre de historia y de situacionalidad, y ese punto primero (o último) es el Bien desde el que se ordenará el mundo (185).

La no sujeción al principio rector de ordenar el mundo desde el “Bien” introduce una relación particular con la culpa que se experimenta tanto con uno mismo como con los otros. En el primer apartado del libro, el autor, a partir de lecturas de Dostoievski, Nietzsche y Freud, establece que la culpa es un sentimiento generado por la interiorización de la lógica de la moral. En ese sentido, la causa de la culpa se encuentra en el interior más que en el exterior: la culpa es una mirada interior que juzga no tanto por

1 El autor se refiere a la construcción de biopolítica que se plantea desde los postulados de Foucault hasta los de Giorgio Agamben.

lo que se hace como por el valor que se le otorga a lo que se hace o se desea hacer. En *Crimen y castigo*, por ejemplo, es evidente que Raskólnikov antes de cometer el asesinato tiene un fuerte dilema moral hasta que finalmente se decide a hacerlo. Después de la acción, intenta convencerse de que no mató a una persona sino a un principio —ese que establece que está mal matar a una persona—; sin embargo, al final el personaje no puede escapar de la culpa y decide entregarse. Su rebelión contra el orden moral, contra el principio rector, se frustra porque en él ya ha interiorizado la moral, que le resulta ineludible. En consecuencia, Mèlich afirma que “si no hay culpa no hay moral y si no hay moral no hay existencia” (81).

En relación con lo anterior, para explicar por qué la moral y la culpa son ineludibles, Mèlich retoma las ideas de *Genealogía de la moral* y *El malestar en la cultura* de Nietzsche y Freud respectivamente. La culpa, por lo menos en Occidente, está asociada con el concepto de deuda, y esta relación se ve reforzada con los valores del cristianismo, ya que la culpa y la deuda ante Dios no se pueden redimir del todo: se normaliza la culpa bajo la idea de sentirse “pecador”. Sin embargo, eso implica, por un lado, una culpa que no termina de redimirse y, por otro, que todas las acciones que realicemos están sometidas a rectificar esa deuda. Una crítica a la cultura occidental que el autor establece es precisamente que se naturaliza el sufrir por el sentimiento de culpa. Entre más se sienta el malestar, mejor persona se es porque más se ha interiorizado la lógica cruel de la moral.

Lo anterior se relaciona también con algunas ideas de Freud, especialmente con la perspectiva sobre el deseo o las pulsiones que constituyen a los seres humanos (ello), pues la cultura se encarga de transmitir una lógica o conciencia moral (superyó) que entra en tensión con el yo. La crueldad funciona entonces a través de la represión, pues la cultura establece una serie de normas para vivir bien en sociedad y evitar el caos, pero que, irónicamente, terminan generando en los individuos un malestar interno asociado al sentimiento de culpa. Al respecto cabe señalar que entre más se desarrolla la cultura, o sea, entre más rígida es la lógica moral que se transmite a través de ella, más crece el sentimiento de culpa, hasta hacerse constitutivo y esencial para la vida; lo anormal, siguiendo esta lógica cruel, es no sufrir por la culpa.

En consecuencia, Mèlich afirma que “ser moral es sentirse culpable. Nos sentimos culpables porque no podremos nunca cumplir con lo que la gramática moral que hemos heredado nos demanda, porque sus mandamientos

están fuera del alcance de los seres finitos” (109). Esta reflexión que el autor plantea pone de manifiesto lo crueles que somos con nosotros mismos en cuanto interiorizamos las normas sin cuestionar su funcionamiento y, además, nos exigimos sobre ellas para mantener el orden moral previamente establecido. Nuestra adherencia a la lógica de la moral también establece lo crueles que podemos ser con los otros en cuanto la exigencia se vuelve colectiva. Le exigimos al otro un comportamiento o pensamiento similar al nuestro y, si no se cumple esta condición, creemos que estamos amparados bajo la norma moral para decirle qué está mal y señalarlo ante los demás.

Para concluir, Mèlich en este ensayo desarrolla una postura filosófica diferente a la metafísica para repensar el funcionamiento de la lógica moral. Es claro que en la moral de Occidente la crueldad es inherente a la forma de actuar y pensar. Siendo así, cabe preguntarse si podríamos librarnos de alguna manera de esta lógica o si realmente ya estamos condenados a vivir atados a ella. Al respecto, no se trata de quitar una lógica para reemplazarla por otra o de buscar formas de eludirla, sino más bien de analizar cómo la moral opera en nuestra cotidianidad y hasta qué punto permea cada aspecto de la sociedad. Con el sentimiento de culpa sucede algo similar, pues las reflexiones que propone el autor se encaminan a repensar nuestro modo de vida. ¿Es realmente necesario estar siempre en deuda?, ¿el que siente más culpa y sufre por ello está más cerca de lo “correcto”? No son preguntas que tengan una respuesta definitiva y absoluta, pero que pueden, en medio de esta lógica en la que vivimos, ayudarnos a ser más conscientes de nuestra existencia.

Valeria Castillo Castillo

Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, Colombia

vcastilloc@unal.edu.co

Obras citadas

- Dostoyevski, Fiódor. *Crimen y castigo*. Madrid, Alianza Editorial, 2012.
- Freud, Sigmund. *El malestar en la cultura*. Madrid, Alianza Editorial, 2010.
- Mèlich, Joan-Carles. *Lógica de la crueldad*. Barcelona, Herder, 2014.
- Nietzsche, Friedrich. *Genealogía de la moral*. Madrid, Alianza Editorial, 1972.
- Weil, Simone. *La persona y lo sagrado*. Prólogo de Giorgio Agamben. Traducido por José Luis Piquero. Madrid, Hermida Editores, 2019.